

*Centro de Estudios del Desarrollo*  
*El Vago: Un Estudio de Caso*

RICARDO POZAS ARCINIEGA

*Introducción*

“El Vago”. Adelanto del libro *Gente de la ciudad*, comprendido en el estudio “Estratificación y movilidad social en la ciudad de México”.

El caso de “El Vago” que aquí se presenta es parte del material escogido para la estructuración del libro *Gente de la ciudad*. Es uno de los 15 estudios seleccionados entre los 200 casos que se trabajaron dentro del plan para ejemplificar los distintos estratos ocupacionales de la ciudad de México.

Los estudios de casos, a que se hace referencia, son parte de la investigación sobre Estratificación y Movilidad Social en la ciudad de México iniciada en 1962, como parte de un estudio comparativo de algunas de las principales ciudades de Hispanoamérica, en colaboración con el Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales y la UNESCO.

La investigación sobre Estratificación y movilidad social en la ciudad de México se inició en el Centro de Estudios del Desarrollo y su realización se encargó a los profesores Pablo González Casanova y Ricardo Pozas, quienes le dieron una orientación pedagógica para preparar nuevos investigadores sociales. Comprende una encuesta, en cuya interpretación se ocupan sociólogos del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y los mencionados estudios de casos, encomendados a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Este ofrecerá como primera publicación suya al respecto, *Gente de la ciudad*, libro del cual este avance es un adelanto.

Los casos que comprende el libro *Gente de la ciudad* son:  
1. La Sirvienta. 2. El Vago. 3. El Pепенador. 4. El Taquero.

5. El Sastre. 6. El Obrero. 7. El Chofer. 8. El Comerciante. 9. El Burócrata. 10. El Médico. 11. El Abogado. 12. El Diputado. 13. El Gerente. 14. El Empresario. 15. El Banquero.

El propósito de estos estudios es analizar las modalidades que presenta el ascenso económico y social en los distintos niveles ocupacionales de la ciudad de México.

La desocupación y subocupación existentes en la ciudad hacen que sectores considerables de la población lleven, en su juventud, un género de vida como el que se presenta en este caso, recogido por Manuel Gallardo Torres, alumno del primer año de la especialidad de Sociología, el año de 1966.

Nací hace veintiocho años, el 14 de diciembre de 1937, en la ciudad zapatera de León, Gto. Toda la familia es originaria de esa ciudad también lechuguera.

Tengo recuerdos muy bonitos de mi niñez en esa ciudad y región tan religiosa, me gusta mucho su ambiente, costumbres, muchachas, la ciudad, etcétera. Creo que ha sido la época más tranquila y sin preocupaciones de mi vida.

Fuimos varios hermanos. Algunos murieron, pero no recuerdo casi nada de los fallecidos. Mi mamá me platicaba; era yo su preferido. De los cinco soy el que está en el cuarto lugar. Los nombres de mis hermanos son: María de Jesús, José, Chato y Güera. Me llamo Omar. Soy moreno. Mido uno sesenta y ocho. Mi cabello es castaño oscuro. Soy lampiño; un poco excedido de peso siempre; nariz afilada (no muy marcada); labios delgados y ojos cafés claros.

Mi padre era tipógrafo o impresor. Me acuerdo muy poco, o nada, de él. Como un vago recuerdo me queda, el del uso de sus lentes bastante gruesos: me llamaban la atención. Era afecto a bebidas alcohólicas; pero prefiero no hablar de ello.

Tenía yo seis años de edad cuando ocurrió su muerte.

Otro recuerdo es el que yo era muy enfermizo, no mucho en realidad, pero me enfermaba algunas veces. La situación económica parece ser que fue mala. La familia materna tenía una cierta estabilidad económica. Me acuerdo muy poco de la situación que había.

Un recuerdo poco agradable: en 1943, a finales de este año, o en 1944, fue el hecho de que al fallecimiento de mi papá, fuimos internados en el asilo del Calvario. Entramos

Chato y yo. Fue una mañana cuando nos llevaron, no recuerdo quién me llevó o si lloré; sólo vi aquella mañana, por primera vez, la casona vieja donde iba a estar cerca de ocho meses. Me metieron a estudiar pre-primaria. Mi mamacita iba cada domingo a vernos. Yo quería ir con ella. ¡Era tan buena! Pero no, tenía que quedarme ahí. No comprendía muy bien la situación; pero tenía que estar ahí. Mi hermano me servía de compañía, pero él sufría tanto como yo.

Me ha gustado comer bastante siempre; pero no me gustaban las verduras. Tenía que comerlas a fuerzas. Hacía lo posible por evitar comerlas, pero la vigilancia era dura. Nos pegaban con una vara de membrillo. No podía esperar más de esas maestras; era un asilo del gobierno. Recuerdo cómo, varias veces, apilaba los platos uno sobre otro, el mío hasta abajo o cambiaba de plato, o se las daba algún compañero de aquella fría casona. No recuerdo mucho más. Se acabó el "calvario". Por fin, nos sacaron de allí. Ya estaba yo acostumbrado; pero salí y me dio mucha alegría. Regresamos a la casa. ¡Qué diferencia! No porque fuera más cómoda o desahogada económicamente; pero estaba con mi mamá y hermanos. Mi hermano José era muy deportista. Lo veíamos constantemente que se iba con sus amigos.

Al poco tiempo nos fuimos a San Francisco del Rincón, pueblo cercano de León. Eran varias horas de viaje y malo el camino. No recuerdo en qué nos fuimos realmente, si en camión o en aquellos carros jalados por caballos. Fuimos inmediatamente a vivir a casa de la tía Virginia, que trabajaba en el hospital de San Francisco. Era doctora en partos. La calle era de la Concepción, número 9, al lado del Santuario del Padre Juárez. Me gustaba la vida del pueblo. No variaba mucho de León. Mi hermana María de Jesús no estaba con nosotros. Mi tía era buena, pero enérgica. Mi mamacita era muy bondadosa, alegre; cantaba, tocaba la guitarra, mandolina. Le gustaban los antojitos; cocinaba muy bien. Y nos quería mucho. Estudié primer año a cuarto año, en la escuela de la parroquia del pueblo. Mi maestra; se llamaba o se llama si aún vive Socorrito. Bastante enérgica, como las maestras de antes. Vestía con colores serios, como se usaba antes. Recuerdo perfectamente que, en segundo año, me dieron un crucifijo por

tener buena caligrafía. Me sentía yo muy contento. Le dio mucha alegría a mi mamá.

La doctrina la estudiábamos en la parroquia. Me gustaba estar dentro; su ambiente era tranquilo, sólo nosotros hacíamos un poco de ruido, y la gente o el padre nos callaban. ¡Se me hacía tan grande la iglesia! El catecismo del padre Ripalda me lo sabía yo a la perfección y como premio, me obsequiaron una estampita. Me sentía orgulloso, y siempre que me acuerdo me alegro. Significaba mucho para mí. El catecismo del padre Gasparri, del cual, por ser el más enterado de todos, es decir, el saber más, me dieron de regalo un libro de "Paulina de Jericot". Era yo listo. Me gustaba todo ese ambiente. Esos regalos me daban ánimos de seguir estudiando.

La comunión la hicimos rápidamente. Nos enseñaban muy bien. Después de la misa, el desayuno junto con varios niños. Vivimos en una vecindad muy grande, donde tejían sombreros, y había una fabriquita de sedas de Guadalupe Méndez. La vecindad era larga de un solo piso. Yo trabajé en la fábrica de sombreros por cerca de dos años, de los 9 a los 11 años. Les ponía copetones a los sombreros. Tenía un promedio de 12 pesos semanales. En mi casa trabajaba yo. Mi mamá me ayudaba en ese sencillo trabajo.

El hijo de mi tía venía de México a vernos. Traía a su esposa y luego ya con su hijo. Decidieron que nos fuéramos para el D. F. Me gustaba la idea de conocer la capital; pero dejar ese pueblo que me había gustado tanto, me daba tristeza.

El 23 de marzo de 1949, llegamos a radicar al D. F. La tía Virginia venía con nosotros. El transporte fue el ferrocarril. Nunca había viajado tanto; pasamos muchos pueblos. Dondequiera que pasaba el tren, la gente vendía tamales, café, cajeta, dulces, agua de sabores, elotes, fresas, pan, etcétera. Se me hacía casi imposible el viaje; el sonido del tren, tan constante, me agradaba; la gente llevaba velices, cajas, bolsas, animales, y muchas cosas: los empleados del tren, etcétera. En la antigua estación de Buena Vista, nos esperaba mi primo y su esposa. Trenes, gente y la gran estación. Caminábamos entre muchas personas. Nos fuimos rápidamente a casa de mi primo, en la calle de Jesús Carranza No. 57, interior 57, donde estuvimos tan sólo dos días, ya que nos trasladamos a la colonia Vallejo. ¡Era

tan diferente el ambiente en que habíamos vivido al de la capital! Teníamos ya al poco tiempo amigos. No me agradaba la habitación donde vivimos; dormíamos, comíamos, cocinaban en un solo cuarto. Pero a esa edad no me importaba mucho la situación. Teníamos un gran campo donde jugar beisbol. Eso sí me gustaba. Ese año no entré a la escuela. Me inscribieron en la escuela Francisco Primo de Verdad, que está en las calles de Constantino, entre Leoncavallo y Schumann. Entré de nuevo al cuarto año, ya que no lo había podido terminar. Era 1950.

Pero creo que tenía un poco de mala suerte. A medio año me tuve que poner a trabajar y dejé la escuela. Ya mi primo y familia habitaban en una casa de la calle de Schumann. Vivían con más tranquilidad económica. Me gustaba ir a jugar con mi sobrino. Iba seguido.

Ya no me gustaba estudiar tanto como antes. Me aburría; y no me costó mucho trabajo aceptar salir a trabajar.

Cuando tenía 13 años, los "Reyes" me trajeron unos patines. Me enseñé bastante bien. Mi hermano me aconsejaba cómo. Ya después solo. Y era yo bueno. Al poco tiempo aprendí a andar en bicicleta. Era diferente; pero las dos diversiones me agradaban demasiado. A los 14 años supe quiénes eran los "Reyes". Era bonito creer en ese sueño; pero va uno despertando y, aunque es feo desengañarse, es bueno ir aprendiendo la realidad. Pero siempre me sentí un poco triste.

Mi hermano José ya era cajista-impresor, y Chato se iniciaba como aprendiz. Actualmente son muy buenos trabajadores. A mí no me atraía ese oficio.

Yo empecé a trabajar en una fabriquita de bolsas, en la calle de Schumann 215. Eran bolsas de plástico para mujer. Me gustaba ese trabajo. Me sentía a gusto. El dueño era una buena persona. Ya vivíamos en Peralvillo, a la vuelta de donde trabajaba.

Me gustaba más esta casa que la anterior. Al poco tiempo se cambiaron la familia de mi primo, y él, claro.

Duré un año en las bolsas de plástico. Me pagaban veinte pesos semanales. Lo daba a mi casa donde tanta falta hacía. Había armonía dentro de la familia, a pesar de la carencia de muchas cosas necesarias. Tenía muchos amigos. Siempre he

sabido tenerlos. Más o menos, a los catorce años empecé a ir a fiestas. Me gustó mucho el baile; era algo nuevo para mí. Un ambiente que me rodearía durante mi vida. La primera fiesta fue de unos quince años de la hija del dueño del salón Vallejo. Yo no iba muy bien vestido; no tenía mucha ropa. No creo haber bailado muchas piezas; pero me iniciaba en aquel ambiente tan agradable. Ya con el tiempo, no faltaba yo a las fiestas. Nunca faltaba un lugar para ir; cumpleaños, santos, casamientos, etcétera. Me salí de la fábrica de bolsas, y me fui a trabajar a una tintorería llamada Clipper. Era repartidor. Recoger ropa y revisar la misma. Me estuve como ocho meses. Me gustaba debido a que andaba en bicicleta y salía a la calle. No me gustaba estar encerrado. Andaba yo diario por las calles y colonias cercanas, sin mucho tráfico, es decir, sin mucho peligro. Ganaba veinticinco pesos semanales. Apareció en mi vida algo, no nuevo, pero que iba a influir en mi futuro; cantar y aprender a tocar la guitarra (mi padre también la tocaba, me contaban). Cantaba de preferencia la Mona Lisa, del fallecido Luis Arcaraz. Noche a noche nos reuníamos en la esquina, con mucha alegría y ganas. Me distinguía al cantar, ya me venía de mi familia. Me decidí cambiar a la tintorería llamada Florida. Ganaba yo los mismos veinticinco pesos. Pero yo creo que fue solamente debido a mi modo de ser inquieto. Pienso que al visitar la clientela de la tintorería Clipper al señor Vicente, su dueño, algo le dijeron que lo hizo invitarme a trabajar con él. Regresé sin pensarlo mucho. Era más, estaba más cerca de mi casa y, sobre todo, me aumentó diez pesos más.

Ya lograba tocar algo de guitarra. Se me hizo una obsesión. En cualquier oportunidad ensayaba nuevas canciones. Mi hermano Chato también aprendió a tocar guitarra, solamente que él no tenía la facilidad y dedicación mía hacia la música. No lográbamos tener intimidad y confianza con mis hermanos. Nos hablábamos bien, pero solamente bien, a secas. Cada uno tenía sus amigos o amigas.

Se llamaba Alicia; fue mi primera novia. Era una agradable sensación. No duré mucho con ella. Pero de ahí en adelante tuve varias novias. Ninguna en serio, pero sí las apreciaba.

Trabajé como repartidor de hielo, poco tiempo. No recuerdo

en qué época fue. La familia de mi primo se fue a vivir a la colonia Escandón, y yo, como repartidor, les llevaba hielo allá. Fue mi primer contacto con ese barrio de la ciudad.

Tenía yo quince años cuando nos cambiamos a Escandón, en el mismo edificio donde vivía mi primo, solamente que nos fuimos a la azotea, en un pequeño cuartito. Me sentía contento de vivir cerca de la familia. Me gustaba el rumbo y la casa.

Rápidamente entré a trabajar a una tintorería, El Cisne, en avenida Benjamín Franklin y Carlos B. Zetina. Duré cuatro meses con cuarenta y cinco pesos semanales. El horario era de nueve de la mañana a dos de la tarde y de tres a seis de la tarde. Primero me iba luego luego a mi casa. Al poco tiempo comencé a tener amigos. Y había bastantes en el rumbo y la casa, con los cuales hacer amistad.

Como siempre hay amigos que tocan la guitarra, conocí uno en ese tiempo. Fue el mejor amigo; el Desamparada siempre tocaba esa canción. Lo veía como una maravilla tocando guitarra. Ahora reconozco que era mediocre; pero en ese tiempo lo admiraba sinceramente. Era un buen amigo.

Al poco tiempo conocí a otro que se llamaba Paco. Ese sí era bueno para tocar guitarra. Cantaba muy bien, pero después se dedicó a tomar. ¡Lástima! Era tan buen artista como buen amigo.

Había muchos más a los que yo consideraba amigos, no muy amigos; pero con todos tenía amistad. Unos que tocaban guitarra, otros que cantaban, otros que vivían en el mismo edificio. En fin, había de todo: borrachos, rateros, flojos (la mayoría), bohemios —principiantes o ya hechos—. De toda la colonia tengo amigos.

Platicaban muchas cosas que yo no sabía, entre ellas lo sexual. Yo oía con agrado, y con deseos de tener experiencia. Y las oportunidades de experimentar no faltaban. Tenía yo 16 años y mucha inexperiencia. Se juntaba todo para hacerme más despreocupado: billar, salones de baile, serenatas, fiestas, nadar, "transas", y, sobre todo, amigos.

Con el Chato, Luis y el "Guty" me llevaron a un salón de baile, al Club Escandón. La primera vez que fui con mujeres fue a los 16 años. Yo no me decidía hasta que me con-

venció mi amigo Jorge y fui. Nervioso, pero deseándolo, entré. ¡Qué rato! Pero no quiero hablar de esto mucho.

En 1954, Luis y el "Guty" me propusieron irnos a Acapulco de aventura, a base de aventones. Yo lo pensaba; no me decidía. Tenía diecisiete años; nunca lo había hecho. Sentía temor. Pero el deseo de conocer me dominó y acepté. Sin decir nada en mi casa que nos vamos. Nos ausentamos como seis días. Nos divertimos hasta donde nos fue posible. La belleza del puerto nos hacía olvidar nuestra carencia de comida y cama; la arena era un buen lugar para descansar. Nos encontramos con un amigo del D. F. Anduvimos juntos. Al irnos a dormir, fuimos a su casa. Los dos amigos, Luis y el "Guty", optaron por robarle la cámara fotográfica y el calzón de baño. Yo no acepté eso; me pareció que no era justo. Y mejor me quedé dormido. Ellos se fueron rápido. Al levantarnos, yo me sentía mal respecto a los amigos; pero no dije nada ni a él ni a nadie. Baltasar —así se llamaba el amigo robado— se portó muy bien conmigo. Era agente viajero. Se enojó, pero me llevó. Y nos fuimos a Chilpancingo, donde llegamos por la noche. Dormimos en un hotel. Por la mañana se fue a trabajar; por la tarde tomamos el camión de regreso a México.

Venía yo un poco temeroso y preocupado por mi mamá, que no sabía nada de mí. ¡Hasta ese momento me volvía a acordar de mi mamá!

Regresé y no me dijeron casi nada, sobre todo mi mamá, que me quería tanto. Sólo se esmeraba en asegurarse que estuviera bien. A mí me gustaba ese trato.

No buscaba trabajo; el consentimiento materno, los amigos, y una "poquita" de ayuda mía, me hacían no buscarlo. No faltaba dónde ir. Así que ya conocía toda la ciudad, a diario iba a diferentes partes. En una de esas me decidí a ir nuevamente a Acapulco. Y me fui solo; "es mejor solo que mal acompañado". Duré diez días ausente de la casa. Me divertí más en esta forma. No pasó nada muy importante.

Al regreso ya me sentía un poco más acostumbrado, y la familia también, a mis salidas. Siempre he sido un "poco" despreocupado y, como se dice vulgarmente, "conchudo". No me costaba mucho trabajo.

Fiestas de toda clase: paseos, diversiones, cantadas, bi-

llar (juego bastante bien; muchas veces llego a ganar cuarenta pesos, más o menos). Otras veces vendía barbacoa en el puesto del mercado, con Tito; comía, platicaba, vacilaba. Me la pasaba bien los domingos ahí; y me pagaban.

En 1955, conseguí otro trabajo. Mi primo es filarmónico, o músico. En ese tiempo estaba en la orquesta de E. Escalante, y así que ingresé como "secretario", o, sencillamente, "secre". Tenía que meter la mayoría de las carpetas y una serie de cosas no muy pesadas, pero sí a veces numerosas. Acomodaba todo. Algunos músicos, de instrumentos numerosos o pesados, les ayudaba y me pasaban algo. Había buena amistad entre los integrantes de la orquesta. Mi primo era y es un poco latosillo, pero no le hacía yo mucho caso. Tocaba el piano mi primo. El director era muy enojón, yo creo que debido y que ya estaba viejo. Íbamos a buenos lugares. Mi primer trabajo fue en Cuernavaca, al hotel Chula Vista, que era de gran "fábula", variedad y ambiente soberbio. Era algo tan desconocido para mí, primero, que me sentía un poco cohibido, sin mucha confianza. Me impresionó la fastuosidad del espectáculo, el lujo, las comidas, el ambiente. Yo sentía que era casi increíble estar allí. Era una satisfacción difícil de describir.

Terminó el baile y retornamos al D. F. El camión era especial. Al día siguiente volvimos a ir a otra fiesta. Esta vez fue al salón Bugambilia. No era lo mismo que la fiesta anterior, pero también era muy buena. Ese día yo estaba cabeceando, tenía sueño, y el director me dijo: "Se ve mal; mejor vete a bailar." Y rápido me fui a bailar. Así que, cada vez que me era posible, me iba a bailar, ya que no en todas las fiestas se podría o no tenía ganas. Aprendí a tocar maracas y después güiro; era un "secre" completo.

Constantemente había muchas fiestas. La orquesta era muy solicitada dentro de la aristocracia; en las Lomas, Pedregal de San Angel; en fin, puros lugares buenos. Creo que en este ambiente el despertar es casi obligado. Así que eso fue lo que me ocurrió, o no me faltó mucho. Todo se juntaba para reafirmar mi carácter tan despreocupado y libertino. Llegó una ocasión con la que soñaba; cantar con la orquesta. Estaba muy nervioso, pero no dejé pasar la oportunidad. Y,

sin ensayar, canté, creo que bien. El lugar fue el salón del Club Riviera.

Me gustaba andar de traje. Bien vestido. Era lo mejor para vivir dentro de la sociedad. Aprendí bastante aquí cómo comportarme. Conocí muchos salones de categoría: Club Italiano, Country Club, el France, Piamonte, Claro de Luna, Casino Español, Club España, Candiles del Prado, Club Israelita, Jockey Club, etcétera.

Poco era lo que tomaba. A pesar de que había lugares, muy frecuentes, donde daban de comer y tomar a llenar, es decir, sin limitaciones. Me cuidaba, sobre todo para cantar. No quería dejar mala impresión. De las mejores comidas eran las del Club Israelita, University Club, Club Italiano (en Año Nuevo).

Duré como cinco años. Solamente que salía y regresaba constantemente. Se aparecía mi carácter inestable. A veces eran épocas largas de alejamiento, otras veces, cortas. Mi hermano Chato u otro iban, pero creo que debido a que cantaba me aceptaban nuevamente. Ganaba, primero, diecisiete pesos por fiesta; luego, cuarenta y cinco pesos por cada fiesta. Existían ocasiones en que se trabajaba hasta tres veces en un día; banquete, té y baile nocturno. ¡Tres sueldos! Realmente, considero que no era pesado ese trabajo. Tuve ocasión de relacionarme con personas, darme a conocer, prepararme más y tener el éxito posible; pero lo desperdicé, no porque piense que ya no podría hacer algo, solamente que tenía más oportunidades en esa época. Conocí muchos artistas; algunos que principiaban y que actualmente están triunfando, no porque eran superiores, pero sí tuvieron dedicación, suerte y ayuda.

En 1956 me entró la inquietud y me fui para Acapulco. Siempre me ha atraído ese puerto. Me fui nuevamente de aventones. Allá trabajaba un amigo como lancharero y lo fui a ver. Era el "Che". Estábamos en Puerto Marqués. Ya tenía yo dos semanas allí cuando en otra lancha próxima vi a mis amigos el "Guachón" y el "Cuñado". Rápidamente me cambié de lancha diciendo al "Che" que después nos veíamos. Traían guitarra y cantamos durante un buen rato. Se compró la botella y se inició la juerga. Regresamos a Caleta donde vi con alegría que traían un Ford 52, propiedad del "Gua-

chón". Llegamos al cabaret Río Rita a las tres o cuatro de la mañana. Optamos por irnos a descansar y me llevaron a hospedar al hotel del Pacífico. El "Cuñado" se trajo a una dama.

La estancia en el puerto guerrerense fue como de un mes. Es decir, que me estuve casi dos semanas con mis amigos. Ellos pagaron todos los gastos; me compraron ropa, nos divertimos, y nos regresamos juntos. Me fue bien ¿no?

En la esquina de mi casa me dejaron. Caminé unos pasos y me encontré a mi mamá. No me recibió muy bien; pero al fin, era su hijo, y todo volvió a ser como antes.

Los amigos me recibían muy bien. Preguntaban qué me había pasado. Todos ellos también, en ocasiones, se desaparecían. Se iban de aventura, ya sea para divertirse o trabajar. Otros, estaban en el Carmen, o en la "Grande".

En 1957, como decía, volvió todo a ser como antes. Iba con la orquesta; me la pasaba de aquí para allá. En ocasiones me la pasaba en la colonia Vallejo, en casa de mis amigos; o en fiestas de 3 o 4 días. No me faltaba dónde ir. Me buscaban debido a la guitarra y que cantaba. A propósito, unos muchachos me buscaron varias veces. Era para entrar a un trío —el de los Tres Reyes— para acompañar a Virginia López. Pero nunca me localizaron. ¡Ni hablar! Ya después me volverían a buscar, en otras ocasiones. Ya en este tiempo mi tía Virginia había muerto.

Volví un tiempo a Acapulco. Trabajé poco tiempo en Caleta, sirviendo mesas de las playas. Siempre me gustaba estar cerca del mar. Ya conocía bastantes personas de aquel puerto. No faltaban amigos, fiestas, parrandas. De todo había, y sigue habiendo. Regresé al poco tiempo aquí, a México. Con la misma rutina, era muy "vago" para las canicas, trompo, balero; en fin, una "fichita".

En 1958 ya tenía veintinueve años. Se me pasaron rápido. No me había vuelto a acordar ni preocupar de aprender un oficio, o del servicio militar. La familia se había ido separando. José, el más grande de los hombres, se había ido; María de Jesús estaba en León, ya casada. No acudía mucho a la casa. Daba dinero, pero vivía por su lado. Chato, lo mismo; no se iba lejos de Escandón, pero no era muy cumplido en la

cosa monetaria. Mi mamá tenía ciertas diferencias familiares con la ya fallecida tía Virginia (que en paz descanse) y con la familia de mi primo; debido a esto ya no estaba con ella. Yo andaba en todos lados, menos donde debía.

En enero de este año (1958), no fui a dormir a la casa del rumbo de Azcapotzalco, era un miércoles. El jueves por la mañana llegué, como era mi costumbre, cantando y chiflando a casa de mi primo, en Escandón. Al entrar, la sirvienta, Martina, me dijo: "¿Dónde está la Güera?", y le respondí: "Aquí lo deben de saber mejor, ¿no? Aquí vive." "Entonces —me dijo ella— ¿no sabes lo de tu mamá?" Rápidamente lo pensé y me fui. Se me hacía eterno el camino; tenía temor de llegar.

Llegué. Ya estaba tendida. Todos los familiares y algunas amistades estaban ya. Me paré en la puerta. La Güera estaba sentada a sus pies y al verme se levantó y vino a abrazarme. Lloramos juntos. Hacía tiempo que no lo hacíamos. ¡Estaba tan separada la familia! No pensaba en nada, en que si me arrepentía de mi vida. No pensaba en nada, sólo en la pena que sufría.

Pasaron cuatro o cinco meses, en los que existió cierta amistad, José y la Güera se quedaron a vivir con la familia de mi primo. Yo tenía ganas de salir del D. F.; así que planeé con Miguel, alias el "Gordo", el irnos de aventura a Monterrey. Llevábamos cinco pesos en la bolsa. Cuando entramos a la ciudad en seguida fuimos a comer algo a un restorancito: "Denos lo que alcance con cinco pesos." Comimos y nos sabía muy sabroso. Terminamos y salimos a pasear a la avenida Francisco Madero. Nos sentamos en una banca. Teníamos el propósito de buscar a nuestro amigo Paco, el de la Capital, que también tocaba la guitarra y que trabajaba en la Coca-Cola; pero ya era muy tarde para irlo a buscar. No sabíamos qué hacer, sin dinero, nada. Al meterme la mano a la bolsa me doy cuenta que tenía cinco pesos. Pensando que de dónde los había obtenido llegué a la conclusión que no habíamos pagado en el restorán. Lo discutimos y optamos por regresar a pagar.

Caminamos de regreso, al restorán. Llegamos y le explicamos lo sucedido al dueño. Le contamos nuestra situación.

Platicamos un gran rato con Melchor —así se llamaba el dueño— y nos propuso que nos quedáramos. Nos brindó su casa durante nuestra estancia en esa ciudad industrial y extremosa en calor y frío. Visitamos a Paco. Paseábamos bastante. Claro que no hicimos por conseguir trabajo. Hacíamos “movidas” o cantábamos (el “Gordo” toca la guitarra y canta un poco). Estuvimos como veinte días. No había mucho en qué divertirse. Así me parecía.

Pero decidieron Paco y el “Gordo” irse hacia Piedras Negras. A mí no me gustaba la idea y me opuse; pero ellos no cambiaron de forma de pensar, y al irlos a dejar, lloré. Ahora me da risa; pero antes me sentía muy decaído y triste. Al poco tiempo, dos o tres días, me vine de regreso a México. Duré ocho días en el viaje de vuelta. Se me hicieron muy largos esos días.

Al llegar a México, estaban mis familiares preocupados de mi ausencia. Los saludé y reinicié mi vida bohemia y despreocupada. Con la orquesta, con Tito; vivir en Vallejo, en donde fuera. Fiestas o juergas, diversiones, cantar, tocar, en fin; así me sentía yo feliz y satisfecho. A pesar de que todos me dijeron que está mal.

Así pasó más de un año. A principios de 1960 conocí a Guillermo. Se enteró que yo cantaba y aprovechó para llevarle mañanitas a su mamá. Vivían en Sebastián del Piombo. El día anterior al de la fiesta canté hasta las 10 de la noche. Fue comida y diversión. Ese día salí, pero volví para cantar las mañanitas. Nos fuimos la víspera en la noche para levantarnos al día siguiente, en la madrugada y cantarlas a las cinco de la mañana. Eso fue hace cinco años. Esa vez nos quedamos varios amigos, los mismos que íbamos a levantarnos. Cantamos unas canciones en grupo y las canté yo solo otras.

La señora ama la música y toca el piano aceptablemente. A mí me cayó de perlas que ese día de la verdadera fiesta volviera a haber comida y fiesta. Muchos invitados eran clientes, familiares y amistades.

Comí, tomé, gusté, etcétera. Por la noche me quedé a dormir ahí. Me levanté ya tarde y me invitaron a desayunar. Por algún motivo me quedé a comer, y luego a cenar, y me quedé a dormir. Y me quedé por espacio de tres o cuatro años.

Siempre con intervalos cortos o largos; pero siempre he podido regresar a vivir con esa familia. Me quieren mucho.

Como a los nueve meses de vivir ahí, el esposo de la señora Cristina me consiguió un trabajo en las fábricas de cierres Arrow, como inspector, con novecientos pesos mensuales y algunas prestaciones. Trabajaba de ocho a cuatro, y horas extras a diario. Yo entraba al abrir y salía al cerrar. Pero no duré mucho. Me faltaban conocimientos y práctica. ¡Lástima! Pero no me preocupa mucho eso. Me liquidaron un lunes. Me pagaron con un cheque del banco Aboumrrad, el de Isabel la Católica.

Rápidamente fui a cobrar. Me sentía muy mal; derrotado, desesperado. Después de cobrar, me fui directamente a Escandón y empecé a tomar, de lunes a jueves; luego, se terminó la "papeliza". Era el jueves, en la tarde, cuando se terminó el dinero. Estábamos en un restorancito, cuando llegó un conjunto de mariachis y me decidí contratarlos, sin tener dinero. Cobran diez pesos por canción.

Después de quince canciones comenté que no traía dinero, en voz baja; pero una señora, acompañante del conjunto, salió directamente a buscar un policía. Me avisó un amigo del propósito de la señora y, fingiendo que nos íbamos a pelear, salimos y corrimos hacia un edificio ubicado en avenida Martí 142 y me metí en la casa de una familia conocida. Mi amigo no sé dónde se fue. Necesitaba ayuda pero nadie abría. De repente una de las ventanas se abrió, era uno de los niños y por ahí me metí. Decidí asomarme por el balcón a ver que pasaba, y la señora que trajo a la policía estaba allí y que me ve. No sabía qué hacer. Después de varios días de estar tomando no coordinaba bien mis ideas. Salí del departamento y me subí del primer piso al tercero. De ahí se podía ver la azotehuela que da a una tienda y me descolgué. No me he podido acordar cómo fue. Me acuerdo que bajé sin ningún golpe y entré a la tienda donde estaba Hedy —una chamaquita hija del dueño—. Le expliqué lo que pasaba. Se asombró, pero me ayudó a avisarme cómo estaba todo. Y desde la puerta me decía lo que estaba pasando. Ya estaban cuatro patrullas buscándome. Yo, sin saber qué hacer. Y me dijo Hedy que me quedara a dormir en un catre. Yo me sentía muy cansado

y casi obligado de quedarme. Cerraron la tienda y me quedé solo. Desperté cuando ya estaba abierta la tienda nuevamente. Eran como las siete y media de la mañana cuando me levanté, casi sin acordarme. En momentos volví a recordar casi todo. Saqué una cerveza del refrigerador y me la tomé. Di las gracias y me salí, rumbo a Sebastián del Piombo, donde llegué y traté de volver a dormir. No había nadie. El teléfono sonó. Era mi amigo Trino que me advertía del peligro de pararme por la colonia. Ya había platicado con él de irnos a Tijuana y le pregunté que cuándo nos íbamos. Y me dijo: "Ahora".

Tocaron la puerta y Lolita, la sirvienta, fue a abrir, y se metieron a fuerza dos individuos. Yo, al oír las voces me escamé un poco; pero al oír el propósito me tranquilicé, algo solamente. Eran unos licenciados que iban a embargar. Salí rápidamente a recibirlos. Hablé con ellos y les pedí que esperaran un poco de tiempo mientras yo buscaba alguien con quien pudiera venir a solucionar el problema. A nadie de la familia logré localizar que pudiera venir de momento. Y traté muy bien a los licenciados, pero éstos, después de una hora, decidieron proceder a pesar de mi oposición. Dijeron que se llevaban el refrigerador; y les dije que lo vaciaran si querían llevárselo. Y rápidamente lo hicieron. Me preguntaron por la lavadora, y yo "la regué"; les dije dónde estaba. Se hubieran llevado mejor otra cosa. Bajaron la lavadora y dejaron una tarjeta de identificación.

Cuando llegó la señora ya había "caminado" todo. Me sentía yo muy triste. Le avisé de que me iba de la casa. Salí y me fui a buscar a Trino a su casa, por el rumbo de Santa Fe. Hicimos nuestras "maletas" y nos fuimos a tomar el camión rumbo a Guanajuato.

Llegamos a la casa de mi hermana mayor, la casada. Solamente dos días estuvimos, con un promedio de sesenta pesos.

Estábamos en esa ciudad guanajuatense —donde había nacido un servidor—. Nos encontramos en un pasaje, dentro de un pequeño restorancito. Casi no traíamos dinero pues se lo habíamos dejado a mi hermana. De repente, pasó una muchacha y nos quedamos viendo. Yo le hice un "iris" y ella se rio. Pasó rápido. Pero en unos minutos volvió y volvió. Y le hice la seña de que si la acompañaba y ella aceptó. Salí

rápidamente y caminamos unos metros. Y le dije que si quería un refresco y me dijo que sí. Al salir yo, Trino estaba poniendo veintes a la sinfonola, así que cuando regresó a la mesa ya se encontraba mi amiga sentada. Se quedó admirado. Vino la presentación de rigor, y la invitamos a tomar nieve y refresco, sólo que nada más traíamos cinco pesos y no nos alcanzaba para pagar. Y le dije a Trino: "Voy por dinero". Me disculpé y salí corriendo a casa de mi hermana. Era un viernes en la noche. De regreso, me detuve a comprar unos cigarros. Sólo que ahora el sorprendido gratamente fui yo. Estaba otra señorita, amiga de la primera. Me la presentaron. Y al poco rato decidieron irse a comprar sus zapatos. Y las acompañamos al mercado.

Trino ya traía el monedero de Ofelia —así se llamaba la segunda amiga— y se lo pedí. Y como quien no quiere la cosa, que le saco cinco pesos. Ya en el restorancito, Ofelia le había dejado el reloj y había quedado que al día siguiente él iba a ir por ella a su trabajo. Comenzaron a platicar sobre dónde se quedaría él, claro, con cierto propósito, y ella dijo que no podía invitarlo a su casa debido a que la familia no lo admitiría. Pasamos primero por casa de Ofelia y los dejamos en la puerta, y yo me fui a dejar a la otra. Ya cuando regresé estaban dándose de "picoretas".

Me fui a la esquina y lo esperé. Se metió ella y salió y le dio algo. Resultó un pañuelo con ocho pesos y plátanos, y el reloj. Junto con sus nuevos dueños "camino" para Guadalajara al día siguiente.

Llegamos a Guadalajara, donde estaríamos un mes. Fuimos a casa de un amigo de Trino. Nos atendió perfectamente. Nos prestaba un coche. Ayudábamos ya un poco en la fábrica de zapatos, no siempre. A las siete desayunábamos, a las dos comíamos y a las siete de la noche cenábamos o merendábamos. Y nos acostábamos a las nueve de la noche, excepto días festivos. Conocí poco de Guadalajara. Una vez fuimos a San Pedro Tlaquepaque. Bailamos en un centro nocturno, El Arlequín. Un restorán, El Patio, de los hermanos Reyes, en la calzada Independencia, no era gran cosa.

Otras veces nos íbamos, o yo solo, es decir sin Trino, a

repartir las cajas en un carrito tirado por mulas. Me gustaba mucho viajar en "calandria".

Tuve una novia durante un "largo día". Era muy guapa y vivía en Juan Alvarez. Ella nos lavaba los calcetines, calzones y pañuelos. Nosotros lavábamos lo demás. Carmela —así se llamaba ella— nos planchaba, después de pedir permiso a su mamá "de plancharles a unos que iban de aventura". Acudimos a muchas fiestas. Era yo muy solicitado, demasiado. Tenía yo la fama de fiestero y de cantar bien. Llegó un primo del señor De la Mora, dueño de la fábrica, en un Mercury 52 e iba a Mexicali. Así que le dijimos que queríamos irnos al Norte, él aceptó y tuvimos que esperar algunos días. Mientras, al primo le prestaron un coche para que su vehículo no se descompusiera ya que había mucho que caminar. Empeñamos un reloj, unas jeringas, dos; la boleta la dejamos al señor De la Mora.

Salimos y duró tres días la travesía. Nos turnábamos para manejar. Pasamos por Tequila, donde consumimos su famoso producto. Sólo paramos a comer, comprar gasolina y para las "sagradas" necesidades. Llegando a Mexicali nos dejaron en la terminal donde salían los camiones a Tijuana. Llegamos a la frontera con quince pesos mexicanos. Nos fuimos a dar un baño y pagamos con uno de diez pesos y nos dieron de cambio veinte centavos de moneda americana. Me extrañó bastante. Así que traíamos sesenta centavos en total. Nos comimos unas tostadas de pata que costaban cinco centavos cada una. No nos quedó nada y fuimos al número 33 de la calle Primera a buscar a un amigo de la Capital; sólo que no se encontraba en ese momento. Regresamos a las diez de la noche, y dando una descripción nos informaron que lo encontraríamos en una cervecería llamada El Volante; "siempre está allí". Un poco escamados caminamos a la cervecería. Las puertas son de abanico y con gusto vimos que ahí trabajaba. Lo saludamos muy alegremente. ¿Se imaginan? ¡Ver caras conocidas a una distancia de tres mil ciento cincuenta kilómetros del lugar donde se radicaba!

Nos invitó a pasar al restorán El Volante, que estaba anexo a la cervecería, y me encontré con otro amigo del D. F., y nos tomamos unos jaiboles, a escondidas, debido a la prohi-

bición de tomar en restaurantes. Eran como las doce de la noche y regresamos a la cervecería donde nos pusimos de acuerdo de ir a visitar algún centro nocturno de la avenida Revolución. Fuimos a El Caliente. Era el primero que visitábamos. Nos amanecimos y regresamos a el local cervecero de El Volante. Seguimos tomando hasta que nos quedamos dormidos en un gabinete. Nos dejó el dueño dormir a diario en la cervecería.

El dueño me prestaba una guitarra y con ella me ganaba la vida en esa cervecería, o en otras. Trino entró a trabajar con un señor que arreglaba máquinas de escribir. Al final le quedaron a deber un dinero. Esa era nuestra rutina.

Como venía el invierno no había mucha gente, y no había mucho dinero. Vendían pocas bebidas alcohólicas. En una ocasión conocí a Paco. Era de Puebla; y nos convertimos en buenos amigos. El era jefe del salón de proyección del cine Cuauhtémoc. Me invitó al cine. La primera vez fui un poco "chiviadón". Me vio y me dijo que pasara. Así que cuando no había chamba, me iba al cine frecuentemente y con confianza.

Seguí conociendo cabarets. Uno muy elegante fue El Capri. Muy sencillo el "shou". Era un pianista y rumba. Poco después, conocía El Rancho Grande, sobre la Avenida Revolución. Logré que se me permitiera interpretar una canción. El dueño me dio la oportunidad y me dijo que regresara a cantar. Así lo hice, y tuve éxito. Le gusté al cliente. Pero siempre existe un pero; y éste era que no tenía vestuario. Y se me hacía feo pedir ropa. No me volví a parar en ese centro nocturno. Yo nunca había visto una variedad como ésta: salen semidesnudas, al ritmo de un compás de batería; y al ritmo de la música se comienzan a desvestir hasta quedar en traje de Eva. En El Caliente lo vi por primera vez; pero donde quedé fuertemente impresionado fue en El Neyvi: Salió una bailarina semidesnuda. Sus movimientos eran incitantes. La vista estaba fija en la dama y ella nos complacía con su cuerpo, su bien formado cuerpo. Hasta cierto punto era agradable verla; pero donde ya no fue muy agradable es, cuando una parejas de gringos —hombre y mujer— estaban viendo excitados; gritaban, reían, hasta que la mujer no se pudo con-

tener y corrió al centro de la pista a obtener placer. Sólo que a la bailarina mexicana no le gustaba, y corrió; pero siempre hay alguien, y ese alguien era otra bailarina mexicana, que saltó a la pista. A ella sí le gustaba lo que la gringa quería. Después de un rato, el gringo estaba ya en escena dando el espectáculo extra. Nadie se aburría ni se paraban de sus asientos. Yo me dije: "Esto es natural, dado el 'degenere' que hay dondequiera; máxime en esta ciudad." La impresión nunca se me ha borrado. En El Panamá; era regular.

Tenía una gran cantidad de conocidos y amigos, me invitaban y yo les cantaba. Tenía fiestas a granel. Muchos de los conocidos y amigos venían del otro lado. Eran mexicanos que venían a pasar ratos agradables. La mayoría eran obreros. Conocí a toda clase de centros nocturnos, cervecerías y cantinas. La cervecería La Barra era impresionante; su barra era muy extensa. En ocasiones que tenía dinero me metía a algún hotel a dormir, pero por lo regular, El Volante era el dormitorio. En el restorán El Volante había una guapa mesera; ya había trabajado como cantinera en la cervecería. Se quedó dormida en una silla; me acerqué lentamente, ella estaba recargada hacia atrás, y yo le di un beso. Despertó y no me dijo nada, sólo se ríó.

Hay mucho maricón; uno de ellos, Ernesto, del café Granada, y que era de nuestra Capital. Nunca fui con mujeres. Oportunidad no me faltaba y menos en ese lugar; pero creo que fue por la variedad gringo-mexicana que no me agradaba hacerlo. El día último de 1961, en El Rancho Grande, canté, bebí, y me quedé dormido profundamente; y al despertar vi que me faltaba un anillo de oro, regalo de un amigo del D. F., y que estaba en Tijuana. No supe ni cómo lo perdí.

Un amigo llamado Chucho iba a San Diego a comprar pan, huevos, etcétera, en su camioneta y me invitó. Yo no llevaba pasaporte; el de él era local. Me dijo qué decir, cuando nos preguntaran del pasaporte, pero me puse muy nervioso. Al llegar a la línea, se me preguntó por mi pasaporte, hice como que lo buscaba y le dije que se me había olvidado. Yo pensaba: "si paso me quedo". Le dijimos que sólo íbamos a un negocio y regresábamos.

Solamente que no creyó el empleado de la frontera y me

hizo bajar diciéndome que lo esperara en la terminal de camiones que van a Los Angeles, San Diego, etcétera. Temeroso de que me encerraran, como a diez pasos de tierra mexicana donde estaría a salvo, se me ocurrió huir. Así que no lo pensé mucho y que corro. Traía treinta y cinco centavos en la bolsa y me paré en la cervecería Mexicali y pedí un Pichel, cerveza de barril de veinticinco o treinta centímetros de alto (en el D. F. les llaman Lolas). Costaban veinticinco centavos. Unos más anchos costaban cincuenta centavos. Regresé a El Volante de la calle Lera y "D".

Conocí a una americana llamada Sandra. Me gustaba mucho y era de ambiente, pero no le gustaba yo. Un amigo era el mero mero. Nunca hice amistad con negros por no tener oportunidad.

Estaban Trino y el "Dalila", también de la ciudad de México, dando la vuelta, sentados en un jardín. Se acercó un policía y pidió identificación. Trino traía credencial de la Normal de Maestros. "Dalila" traía solamente una melenita y yo creo que esto fue lo que le llamó la atención al policía. Iban a ser veinticuatro dólares o quince días "guardados", sólo que, debido a los insultos, Trino no gozaba de esa alternativa. Los dos se quedaron por no tener dinero. Yo fui una vez pero no me dejaron entrar. Un amigo un poco influyente pudo entrar y los saludó, y vio qué se les ofrecía. Veinticuatro dólares no eran fáciles de dar, ni siendo amigos, y menos en las condiciones que estábamos.

Estaba en El Grillo, de la calle Primera. Eran cinco o seis de la mañana. Una joven muy bonita y muy tomada se acercó y nos estuvimos besando. Me agradó y me extrañó. Como a los diez o quince minutos entró un individuo. Un amigo se me acercó y me dijo: "El que acaba de entrar es el 'Chulo' de la que besaste y es peligroso." Así que mejor me salí, evitando problemas, ya que no soy afecto a ellos. Después supe que la golpeaba y tenía que darle treinta dólares diarios.

¡No hay como la Capital! Ya teníamos pensado que nos regresaríamos al maravilloso D. F.

Todavía en Tijuana conocimos a un pintor de cuadros y óleos. Fui a su casa y le gustó cómo tocaba y que yo le enseñara un poco, me dijo. Me dio para comprarme una gui-

tarra buena. Hicimos un trato, yo le daba clases de guitarra, y él pintaba un cuadro basado en una foto de una novia que tuve en el D. F. —en Benjamín Franklin y Metusco— güerita de ojos verdes. Solamente que no hubo pintura, y como yo le había pedido prestada la guitarra para trabajar, y además estaba empeñada, nosotros decidimos regresar. Pero no queriendo que la guitarra quedara en manos del dueño de El Volante, ni de su dueño, nos movimos y conseguimos dinero; la desempeñamos. Nos despedimos de todos. Un amigo nos llevó hasta la carretera, y de ahí, de aventones; largos, regulares y cortos. Mexicali, toda Sonora, Mochis, Guaymas, el desierto, etcétera. Coches, trocas y hasta uno de pasajeros nos dio aventones. Habíamos estado cuatro meses en Tijuana.

Volvimos a Guadalajara, por unas horas. Vimos al señor De la Mora y nos dio veinte pesos. No le preguntamos por lo empeñado. Seguimos nuestro camino. En Morelia, Michoacán, estuvimos en un hotelito. Nos bañamos y salimos a comer al mercado. Eran como las nueve de la noche. Dormimos. Al despertar nos bañamos y regresamos a la carretera. Hicimos diez días de camino. Ya nos andaba por llegar a la ciudad.

Directamente fuimos a Santa Fe. Estábamos dentro de la ciudad cuando por la ventanilla del camión vi a un amigo. Era de la familia donde vivía. Estaba en un coche y me pareció que decía que ya no vivía en Sebastián del Piombo. Llegamos a casa de una hermana de Trino. Muchos abrazos, besos y dando gracias a Dios de nuestro regreso. Cuando vio a su papá, éste empezó a llorar. Sólo me estuve dos días y regresé a Escandón. A los pocos días vi a los muchachos de la familia y me dijeron la nueva dirección. Ni tardo ni perezoso me fui y llegué cantando, acompañado por guitarra. Nadie salió. Un muchacho me dijo: “No hay nadie. Están en casa de la mamá del señor que estaba muy mala”. Me dio la dirección y le dejé la guitarra. Y fui a reunirme con la familia.

Saludé a todos a mi llegada. Ya sólo esperaban que expirara la señora, de noventa y seis años de edad. Cuatro horas después murió. El funeral fue como todos. Después, ya me quedé con ellos. Me siguieron tratando bien. Eran los padres

de cuatro hijos y dos hijas. Dos casados que ya no vivían ahí. Me dediqué nuevamente a un setenta y cinco u ochenta por ciento de fiestas, paseos, diversiones y "esas cosas".

Me vinieron a buscar Oscar y Tomás para formar un trío. Siempre me habían venido a buscar. Primero por lo de los Tres Reyes. Ahora era algo nuevo: el Trío Señorial. Practicamos en casa de Oscar dos o tres semanas, y fuimos al programa de General Prim 50, Super Remate de Autos. Es televisado. Locutor, Germán Figaredo, "El Conejo". Nos oyó cantar y en seguida nos programó. Me sentía nervioso; cantamos muy rápido. Interpretamos Luz y Sombras.

Continuamos ensayando. Al siguiente domingo fuimos al programa. Volvimos a cantar; ahora una composición mía. Se intitulaba Mala Tentación. Pero, otro pero, se apareció una pequeña dificultad. Claro que seguíamos ensayando para ir mejorando, pero debido a la dificultad, me veía en la penosa e imperiosa necesidad de salirme del Trío Señorial.

A los pocos días partí a León, Gto. Era fines de 1961. Visité a todos los familiares. Iba solo. Vivía en casa de mi hermana. Visitaba constantemente San Francisco del Rincón; a la familia que vivía aún desde que nosotros salimos. Los iba a ver constantemente, hasta que me quedé a vivir.

Logré un trabajo en la fábrica de sombreros del señor Moreno. Ganaba de ochenta a noventa pesos mensuales. Primero, dos cincuenta diarios. Entraba a las nueve de la mañana y salía a las cinco de la tarde. Pintaba el sombrero y le ponía un líquido medio espeso para endurecer el sombrero de lona o de papel cartoncillo. Trabajé como dos o tres meses. Decidí salir y cambiarme a otro negocio. Es decir, de lo mismo, pero de otro amigo. Ganaba lo mismo y con el mismo horario. Era más sencillo el taller. Me prestaba bicicleta.

Me hice novio de una señorita llamada Lupe. Duró todo como un mes y medio. En el primer trabajo me divertía porque había varios compañeros; y en el segundo, me tenían consideraciones. Empecé a frecuentar un restorán llamado La Junta. Está en el zocalito del pueblo. Tenía ya como tres meses de vivir en San Pancho y conocí a Berta. Era la dueña y atendía con sus papás el restorán. El 23 de diciembre me rapé, por ocurrencia. Era invierno. Me fui ese día a una po-

sada. Ya tenía yo mi boinita. Se armó gran relajo. Se reían, me vacilaban y lo festejaban entre ambos. Lupe se dio cuenta y terminamos.

Total, que me hice novio de Berta. Era muy romántica, una dama. Le gustaba mucho la música romántica. La quería mucho y su modo de ser hacia conmigo me hacía sólo pensar en ella.

Ibamos a reuniones familiares. Bailábamos. Teníamos mucho en común; disfrutábamos cada momento juntos. Había pocas diversiones en el pueblo, pero con su sola plática me hacía sentir satisfecho y contento. Su mamá me trataba muy bien. Sólo al papá no le pasaba muy bien. Con un hermano era regular el trato.

Mi hermano me fue a visitar una vez, ya que existía un rumor que yo andaba en Tijuana y que me habían matado. Pero había sido un homónimo; hasta en el periódico salió. Le dio mucha alegría al verme. Se regresó a México. Visitaba a mi maestra de la infancia, que actualmente tendrá unos 45 años. Se acordó de mí. Aún trabajaba en la pequeña escuela.

Al poco tiempo regresó por segunda vez mi hermana, y yo decidí irme en su compañía. Decía yo que iba a conseguir trabajo y regresaría por Berta. Ella se puso triste y me dijo: "No te vayas; si te vas no vas a volver". Fue profeta. Siete meses y medio fue mi estancia en mi San Francisco.

Llegando a México le escribí, a los pocos días mejor dicho. Le decía que buscaba empleo para beneficio de ambos. Pero no había tal empleo, simplemente estaba gustoso de regresar a la Capital. Pero tenía la idea firme de regresar nuevamente a su lado.

Todos me veían con sorpresa. Ya debía de estar muerto, pero gracias a Dios, no era cierto. Había gente que se asustó bastante de mi "resucitamiento". Les explicaba y ya se reían. Vivía nuevamente con la familia, ahora en la calle de Chichén Itzá. Claro, con mis respectivas salidas. Le pedí una foto-estudio la cual llegó 4 o 5 días después. Continuó la correspondencia. Fue disminuyendo. Me había mandado una carta y no tenía respuesta. Llegó el cartero y dijo: "Telegrama". Mencionó mi nombre. Salí y lo recibí. Entré a seguir jugando a las cartas con los muchachos. Lo dejé sobre la mesa y todos

querían que lo abriera. Los complací y lo leí en voz baja; lo guardé dejándolo sobre la mesa. Me volvieron a preguntar: “¿Qué dice?” “Ya murió”, fue la respuesta. Todos lo leyeron y se rieron; eran chamacos, no me molestó.

El telegrama decía: “Omar: he esperado carta inútilmente, como no me recuerdas terminamos”. Contesté rápidamente, diciendo motivo y disculpas. En realidad no quería terminar con ella. Todo fue imposible; no hubo una respuesta. Pero no fui a buscarla. Actualmente sé que se ha casado con uno que tenía otra novia y me llevaba a darle serenata. Así es mejor, yo no tenía mucho que ofrecerle. Ya había visitado a los muchachos del Trío Señorial. Hacía quince días que había ingresado una primera voz que era la que yo ejecutaba. No me sentí molesto; me era indiferente. Me dijeron que hacía poco habían actuado en una película. No son conocidos; pero quizá hubiéramos hecho algo. ¡Ni hablar!

Como no me gustaba trabajar no creo que lo hiciera en esa época. Seguía yendo a fiestas (un vicio), diversiones, amigos, amigas, era un hábito.

Constantemente iba a la colonia Vallejo donde conocí a una muchacha. Nos hicimos novios. La familia jamás me aceptó; pero nos queríamos y no nos importaba la oposición. Decían que yo era flojo, mujeriego, parrandero, cínico (¡exagerados!), conchudo, etcétera. Había gente interesada en hacerme daño y molestar a los dos. Ella me seguía queriendo y era muy cariñosa. La conocí en octubre de 1962.

Ya en 1963 trabajé en Libros Básicos, como agente, vendiendo la Sagrada Biblia. Tenía que salir a ciudades cercanas a la Capital.

Por cada Biblia que vendía ganaba cien pesos. El primer día vendí cuatro libros; pero ¡claro! como ese día no se volvió a presentar otro. Duré como dos meses más. Me salí debido a los viajes que tenía que hacer. No me gustaba.

Después ingresé como agente vendedor de una casa de artículos eléctricos, como son candiles, plafones, lámparas, etcétera. Duré dos meses. Ganaba un promedio de cuarenta a cincuenta pesos diarios. Pero el hambre y muchas cosas hacía que en realidad no ganaba nada. Me salí nomás. No era negocio. Todavía en 1963, entré a otro trabajo, en los Laboratorios

Interamericanos, S. A., vendiendo artículos de belleza. Me gustaba mucho ir a las oficinas para admirar y venderles a las secretarias o empleados. No faltaba con quien echar relajo. Me daban diez pesos para viáticos, a diario, además de veinte a treinta y cinco por ciento de la venta. Ganaba a veces poco, a veces bien. Duré un mes y medio; ya era mucho.

En abril 26 de 1964 partí hacia Acapulco y el día 5 de mayo regresé. Iba con dos amigos. Elías y Carlos. Los primeros días no me divertí lo que esperaba. El día primero de mayo mis amigos retornaron a México. Yo me quedé. Ese día primero me fui a la Plaza de Toros Caletilla. Había gran variedad y mucho ambiente. Muchos artistas: Manolín y Schillinsky, Avelina Landín, Hermanos Carreón; etcétera; amigos, fiestas, gringos, etcétera. Me encontré un amigo que traía un Ford 62. La diversión no se hizo esperar. Me trajo hasta México. Logré mi propósito de diversión. No hay admirador más grande que yo de Acapulco.

Me llevaba tan bien con mi novia que me la llevé el primero de junio, La situación en su casa era insoportable, sobre todo para ella. Casi no nos permitían vernos. Algunos vieron mal, otros bien, que se fuera conmigo; pero no me importaba más que tratar de ser feliz a su lado. Mi primo fue a hablar con el papá de mi esposa. Así que el día 15 de junio llegué con ella a su casa. Iba mi primo, su señora y mi hermano Chato. Me sentía nervioso; después ya no. A ella la regañaron. Y me dijo mi suegro: "Ni modo. Vámonos al registro".

Ya casados, dijimos que vivíamos en casa de mi primo. Este decía que sí; pero en realidad vivíamos en Santa Fe, con Trino que ya estaba casado.

Me sentía un poco triste por no poder ponerle su casa. Trino es muy buen amigo, comprensivo y parejo. Trató de conseguirme trabajo en el gobierno, pero no fue posible lograrlo. Cerca de tres meses duró la estancia en casa de mi amigo. Mi mujer se puso muy grave. Estuvo propensa a la fiebre reumática. Afortunadamente se atendió a tiempo y todo pasó.

Me asusté bastante; nunca había estado en una situación de esas. No lograba un trabajo. Me desesperaba, pensaba y pensaba; visitaba amigos. Todo imposible, no había un tra-

bajo que me ayudara. Todo se me cerraba cuando más lo necesitaba. Ibamos a ver a sus padres continuamente, y viendo que ella estaba mala le propusieron que se quedara a vivir y tendría mayor atención. Yo decía que trabajaba en una tienda de refrigeradores pequeños en la colonia Escandón; no era cierto. En la casa me trataban muy bien, así que, ya viviendo con ellos no podía decir que "trabajaba".

Se me quitó lo fiestero. Llegaba a faltar un día y el señor padre de mi esposa se enojaba, se iniciaban las dificultades. Así que el señor me llevó a trabajar con él. Era herrería; no sabía yo nada. Era algo nuevo para mí y ahora me gusta. Me daba ciento cincuenta pesos a la semana. No daba renta, ni gasto; no gastaba nada. Yo trataba de dar algo pero no aceptaban. Decía: "Váyase comprando algo". Pero no supe aprovechar de esto. Al mes de trabajar me aumentó cincuenta pesos. El modo de enseñar de mi suegro hacía más fácil todo. Siempre aprendía algo. Había cordialidad. Se estaba haciendo la ventanería de un edificio muy grande.

Empezamos en septiembre del año pasado (1964) y terminamos en junio de 1965. Aprendí rápidamente; sólo que la flojera me agarraba a veces. A veces faltaba, y más problemas en la casa.

En marzo de 1965 empecé a dar clases a cinco chamacos. Ciento veinte pesos mensuales pagaban cada uno. Por teléfono conocí a una señora que quería clases de guitarra y se iniciaron, cobrando veinticinco por clase; y fueron seis clases, o mes y medio. A otra señora le di una clase, pero vivía muy lejos y no volvió.

Así que tenía dos trabajos. A las seis de la tarde salía de uno, a las siete era la cita en la colonia Guadalupe Inn, en Manuel M. Ponce. El más listo era Carlitos, de catorce años; era el más chico del grupo.

Para junio era el nacimiento de mi hijo. Me puse un tanto preocupado por la cosa económica. El trabajo empezaba a fallar; ya se terminaba el trabajo del edificio y ya no daba clases. Así que se llegó la hora y yo no tenía un centavo. Mi suegro estaba muy enojado; pero no le pedí nada a él. Conversamos mi esposa y yo; queríamos un varoncito. Pero me alegraba el hecho de que fuera nena, son muy cariñosas.

Mi esposa estaba muy triste, estaba desconsolada, porque decía: "Mi papá no nos quiso ayudar en este trance".

Me endrogué, pero logré sacarla. Pero mi inexperiencia unida a mi nerviosismo hizo que tuviera un error: la interné en sala individual que me costaba ochenta pesos diarios, y no en sala general de cincuenta pesos. No tenía chamba desde mayo; era un gran problema. Así que, de seiscientos pesos que yo calculaba gastar subió a novecientos pesos. Conseguí quinientos pesos para pagar sanatorio. Fueron cuatrocientos pesos del médico, que era independiente, y le hablé francamente. El aceptó a que le pagara después, pero que no dejara de pagarle al sanatorio. Todavía estuvo a punto de hacer cesárea y hubiera salido en dos mil trescientos pesos. Era un domingo, 13 de junio. La instalé en el sanatorio; que a las diez de la noche era la operación, pero tuvo que ser a las seis treinta de la tarde del día 14. El médico era amigo de la familia y había dicho: "Vamos a esperar otro ratito, si no, hacemos cesárea". Gracias a eso no estoy en la "Grande". No le he pagado al doctor en la actualidad.

Vivíamos en la casa; los padres, dos hermanas solteras menores, una casada y su esposo, y nosotros. Es un departamento de dos piezas: una es la sala y la otra recámara. Era un embotellamiento tremendo. La familia es orginaria del D. F. Sólo la suegra es de San Pedro Azcapotzaltongo, Edo. de México. Tenían terreno y casa. Poco a poco se había ido yendo. En agosto se fueron definitivamente; aunque dejaron los muebles en la casa donde vivíamos y vivimos mi esposa, cuñada y concuño.

Actualidad:

Estoy sin trabajo. Como a veces me voy con un amigo de ayudante de herrería, a veces una serenata, otras al billar, una "movida", etcétera, no me ha faltado. Me muevo, pero cada vez es más difícil conseguir dinero. No quiero tener por ahora más hijos; no sabría qué hacer. ¿Se imaginan? Se pagan doscientos cincuenta pesos de renta. Debemos dos meses, pero no voy a pagar hasta que mi suegro saque sus muebles. Ya viene el otro mes. No hay trabajo de herrería. Y yo tan acostumbrado a esta forma de vida. Mi cuñado no tiene trabajo.

Mi suegro ha estado muy enfermo de reumas. Se ha re-  
puesto, pero no ha "ligado" un trabajo grande como lo nece-  
sitamos. Nos propone que nos vayamos a donde vive ahora,  
pero está muy solo y no conozco a nadie. Quiero independizar-  
me completamente de mi suegro, vivir en compañía de mi fa-  
milia.

Entré a trabajar en una fábrica, en el Departamento de  
Mantenimiento; es el taller mecánico. Si se descompone una  
máquina, inmediatamente se va a componer, es decir, vamos  
nosotros. Conocía ya todas las herramientas. Entraba yo a  
las ocho de la mañana y salía a las cuatro y media de la tarde.  
Duré dos semanas. Falté un día, quince de septiembre. Seguí  
acudiendo a trabajar. A la otra semana me pagaron, un vier-  
nes; y el sábado no me aparecí en la fábrica. Se me hizo tarde,  
y decidí mandar decir que ya no iba.

Le doy semanalmente a mi esposa como cincuenta pesos  
para la comida. Hacemos comida aparte a la de mi cuñada.  
Actualmente pienso volver a trabajar con el papá de mi es-  
posa, lo necesito. Mi familia está de por medio. Hay mucho  
que luchar y lo voy a hacer. Todo será difícil, pero por lucha  
no queda.

Mis hermanos han radicado totalmente aquí. Como dije,  
mis hermanos son tipógrafos y mi hermana trabaja en un  
banco. Vivo en Borodini, donde vivía hace catorce o trece  
años, en otro departamento.

La vivienda es alquilada, aquí vivía originalmente la fami-  
lia de mi esposa, pero ahora nosotros la habitamos. Es cómoda  
y además yo nunca había estado en esa situación. Es decir  
de tener casa, y ya como jefe de familia tengo responsabili-  
dades. Me está costando trabajo ser disciplinado y tener res-  
ponsabilidades con mi familia. Pero tengo muchas ganas de  
salir adelante. Sólo tengo mis manos, no tengo nada más, ni  
objetos de valor que me ayuden a salir de una situación difí-  
cil. Pero voy a salir adelante. Claro, no tengo mucha prepa-  
ración; no leo libros, ni periódicos. Yo nunca he leído un libro,  
excepto el Tesoro de la Juventud que lo empecé a leer pero  
no lo terminé. ¡Lástima! ¡Era tan bonito! De vez en cuando  
me gusta leer cuentos, novelas y algo por el estilo. De periód-  
icos el que más acostumbro a leer y no seguido es el ESTO;

su sección deportiva se me hace la más completa de todos los periódicos.

De la política no sé nada; es más, no me interesa en lo más mínimo. Nunca me entero de lo que pasa; sé que es malo pero nunca me pongo a pensar o tratar de leer algo de lo que pasa aquí o en la política de otros países. Así es que ni a un partido político pertenezco. Ni por conseguir empleo me hago miembro de alguno. No me interesa. Observo que en la mayoría de mis amigos tienen esa actitud. Pero aun así tengo ideas de cómo debería ser un presidente. Un buen presidente debería actuar como tal con el propósito de ayudar más al pueblo ya que uno al votar es porque pone uno sus esperanzas en él.

Si tuviera oportunidad de influir en el gobierno lo haría hablando con gente influyente y que tuviera conocimientos necesarios al respecto y asimismo ayudar y ayudarme.

Ahora que estoy trabajando en la herrería, quisiera ser propietario de un taller. No para hacerme rico, sino para poder mantener a mi familia. La mayoría de los que tienen dinero se creen superiores, porque creen que el tener dinero lo es todo; pero están equivocados, porque en realidad todos somos iguales, pobres o ricos. Porque hay muchos pobres que también se creen superiores, para que vean que es la misma cosa.

Aunque desde luego una de las cosas que más me disgustan del país, es la pobreza.

Por todas partes existe pobreza e ignorancia. Se ve y se siente. Da tristeza y coraje; unos comen demasiado y otros comen tan poquito. Por eso pienso que la pobreza es uno de los peligros de México. El otro es la mafia que se forma en todos los países y que corrompe a sus habitantes, instituciones, deportes, en fin, todo. Y es tan difícil de eliminar, ya que muchos dirigentes tienen dinero. Otro grave problema es que en los mexicanos existe la pereza. De todos los mexicanos, los indios son los que más sufren. Ya que siempre se les está haciendo menos; son los más atrasados y los que trabajan más.

Creo que el mexicano debe ser, en general, formal, cumplido, honrado, trabajador, etcétera. Depende de la situación en que se encuentre; pero si así fuéramos todos, nuestro país no estaría como está y ya sería superior a muchos países. Sobre

todo a España; y ojalá lo pudiéramos después conquistar ¡para que sintieran! Yo pienso que a los extranjeros se les debería tratar igual; pero se siente un poco de respeto debido a que son extranjeros. Y hay, creo, un complejo, o no sé; pero hay algo. Ellos se aprovechan de eso; lo saben bien. Los norteamericanos, la mayoría, son güeritos y menos flojos que nosotros; pero no menos viciosos y fiesteros, sólo que son un poco más trabajadores que nosotros.

Con respecto al comunismo, no sé exactamente qué es; pero si otros pueden ser, yo creo que nosotros también. Creo que nosotros deberíamos avanzar al igual que otros países, es decir, en proporción y tamaño. Hay países que antes estaban igual que nosotros, pero ahora están mejor. No me lo explico.

Claro que existe cierta prosperidad que se ve en pasos a desnivel, edificios, avenidas, escuelas, en las flores. Se va logrando algo para acabar con la pobreza. Los que se han beneficiado con el progreso son las personas que están en puestos altos; de estos puestos son los que se aprovechan y viven como reyes, aunque no se lo merezcan.

Yo, desde el punto de vista económico, soy de la clase humilde; pero moralmente creo ser de la clase media y es lo moral lo que cuenta.

También pienso que el poder político y económico siempre van juntos. Dondequiera se ve esto. Es natural, el que no lo hiciera sería muy tonto de no asegurarse en el poder económico.

Los sindicatos deben buscar el bienestar de los obreros y tratar que se produzca más, ya que siendo así habrá más bienestar para los trabajadores. Siempre para esto. Pero tienen muy mala fama los sindicatos.

¿Las funciones de un líder sindical? Debe cooperar con las empresas y obreros dándose cuenta de las necesidades y deseos de los trabajadores para darles una mejor ayuda.

Pero los líderes son como todos; ven dinero y, muchas veces, se acaban sus ideales y sus buenos deseos.

Los grandes problemas no se acabarán con la violencia. La violencia no acarrea nada bueno. Por medios pacíficos se puede hacer mucho más. Lo que acarrearía la violencia

sería una guerra que destruiría lo construido, dejaría muchos huérfanos.

En México creo que hay libertad política, pero limitada por ese grupo de ricos. También existe la Constitución que da garantías al pueblo; nos protege. Yo no conozco mucho de la Constitución, nunca la he hojeado, pero he oído hablar de ella y pienso que la mayoría de sus artículos son fundamentales.

Pienso que en el país hay demasiados problemas que me impresionan mucho, como la pobreza. Dentro de nuestra ciudad, donde viven mejor las personas, se ven niños y adultos pidiendo limosna, recogiendo basura. La forma de solucionar lo que no se puede saber exactamente, pero creo que sería educando distribuyendo con mayor justicia el ingreso nacional, haciendo la democracia efectiva, realizando cumpliendo con el ideario revolucionario; con un gobierno fuerte, justo y honrado. No sé si sería suficiente, pero creo que sería una base para llegar a lo deseado y solucionar todos los problemas que se vayan presentando.

Si yo fuera presidente, sería sobre todo honrado, es decir, semihonrado; no ser un M. Alemán, pero algo de "venga para acá". Pero siendo honrado sería la principal base para solucionar los problemas. Forzar lo posible a todos los del gobierno para que sean algo más que semihonrados. Quitarles algo a ese grupo que domina a nuestro país, y que pienso que en todos los países los hay, sería una forma de solucionar los problemas.